

## ¿Quién muere durante el COVID 19?

Martha Sued Rico Delgado  
Estudiante de 8° semestre de la Carrera de Psicología

Hace unas semanas, llegó hasta los oídos de la familia, la lamentable noticia de que personas que viven en la misma calle que nosotros, con las que convivía al regresar de la Facultad o trabajo, murieron a causa de complicaciones presentadas al infectarse de Covid-19. Este suceso me hizo pensar en el dolor que causa el perder a alguien y lo que se tiene que atravesar para superar esta pérdida. La muerte es algo tan común, que es considerado un suceso por el cual todo sujeto debe enfrentarse en la vida y que causa sufrimiento, un proceso que está presente después de la misma pérdida, y que va más allá de una ausencia; es algo que se escapa, se fuga, que no puede ser nombrado, que provoca dolor y separación; inscribiéndose en las personas de manera abrupta cuando estas condiciones son poco comunes o no esperadas, como es el caso de la pandemia sanitaria por la cual estamos viviendo.

Pensar en la ausencia definitiva que trae consigo la muerte, no es fácil asimilar, suelen surgir sentimientos como el miedo, la culpa, la tristeza o desesperanza; que permiten recordar al ser perdido, acercándolo al recuerdo y produciendo a la vez, un inmenso dolor. La pérdida y el duelo se anudan en forma de angustia, rechazo, impotencia, frustración o desolación expresadas en el cuerpo y en el discurso.

La muerte y el duelo siempre están juntas, no siendo la excepción dentro de esta pandemia, haciendo visible lo invisible, de lo que nadie quiere hablar pero que todos saben que existe. Siempre vivimos en duelo, con pequeñas pérdidas de lo que somos o creemos ser; ante la pandemia del Covid 19, nos enfrentamos a pérdidas que parecen tan simples como las rutinas y a pérdidas tan significativas como la de la presencia del otro, no solo por la situación de aislamiento físico o sana distancia, sino por la presencia de la muerte como resultado de estas rutinas. Con la pérdida del otro, se ve afectada nuestra identidad, que es construida en función de la mirada del reconocimiento del otro.

Sin mirada, sin reconocimiento, no hay deseo; quizá la mirada aporta lo que la palabra no puede expresar; una mirada nos hace sentir sin falta y cuida nuestra identidad; por esto, con la muerte, se pierde al otro, pero también se pierde parte de sí mismo y ante la pandemia nos cuesta trabajo aceptar quedarnos en casa, porque, para obtener y mantener la salud, necesitamos renunciar a aquello que creemos nos completa, aquello que es lo que nos hace sentir que estamos vivos. En condiciones habituales se recibe esta mirada, se es reconocido por el otro, pero, ¿Qué sucede cuando nuestras cualidades no son reconocidas sino rechazadas o ni siquiera consideradas por el otro que ya no está?, se produce un vacío, una vacante, un desierto, un resto en el que nos encontramos en desamparo, desvalimiento y soledad, donde la pérdida hará que el dolor pueda tornarse intolerable.

Estamos ante la idea de personas que no creen, que no pueden llegar a valorar lo que sea que se tenga, en este caso salud; por el hecho de no haber perdido, vivimos tan habituados a perder, a estar en falta, que hasta que no vemos la pérdida corporal del otro, no somos capaces de creer, pero ante una enfermedad como ésta, lo real nos infecta, nos atraviesa y se impone en nosotros, modificando nuestras vidas, enfrentándonos con cosas que solemos mantener en secreto, tenemos síntomas que nos desbordan ansiedad, depresión, estrés, soledad, culpa, pero, sobre todo duelo. Un duelo cargado de miedo, porque el cuerpo del otro (vivo o muerto) puede enfermarnos, y es así que subsistimos un duelo que se queda despojado de rituales, que se vive sin contacto, sin abrazos. Si bien el dolor por la pérdida es un afecto normal y puede producir algunas complicaciones en la vida de quienes lo padecen, ante estas condiciones se vive distinto, van a existir casos en los que el dolor por lo perdido sea intolerable.

Pienso, que desde los primeros casos activos del Covid 19, podemos apreciar que las personas se rehúsan a reconocer la realidad traumatizante de los efectos de la pandemia; es visible no solo ante la muerte, también ante la presencia de una enfermedad que es justamente mortal, lo escuchamos a diario con frases como “Eso no existe, es un invento del gobierno”, “Ya sé que está el virus ese, pero no pasa

nada". Aceptar la muerte, implica hacernos cargo de nosotros(as) mismos(as), de nuestras propias faltas, confinados a estar en nuestros cuerpos, en nuestras casas y sobre todo en nuestros pensamientos. Sobrevivimos con distancia entre el otro y nosotros, donde el vacío implica padecer. Aislamiento que produce un encuentro con la soledad, sinónimo de ausencia del otro porque ni los teléfonos, ni el internet, han afectado el deseo de estrechar al otro; un aislamiento que nos obliga a mirarnos, a re-encontrarnos.

Estamos ante una pandemia que da mucho de que hablar y que al mismo tiempo nos deja sin palabras. Nos enfrentamos a una escena en la que escuchar un diagnóstico de Covid 19, se vive como sentencia de muerte, en la que se tiene que hacer diferencias entre las vidas de las personas, se intentará proteger de la muerte a la juventud, con la idea de que no hemos vivido suficiente y que podemos continuar con la especie; mientras que las personas mayores ceden sus recursos, para contribuir a esta causa, posiblemente por voluntad propia o a expensas de su propia vida.

Pero por paradójico que parezca la muerte no es el final, y mucho menos el final de la pandemia; muchas de esas cosas que eran normales hasta hace solo unos meses, probablemente ya no lo vuelvan a ser. Vivir después de esto, implicará un estado consciente de incertidumbre, no hay certezas, estaremos obligados a ajustar nuestra convivencia con los demás, porque vivimos en comunidad; expuestos incluso a la muerte que nos puede compartir el otro. También tenemos que ajustarnos con quien nos acompaña todo el tiempo; nosotros(as) mismos(as), donde no habrá forma de esconderse de sí.

Diariamente tenemos a nuestra disposición cifras que dicen cuántas personas han fallecido a causa de Covid 19, sin embargo, a mí parecer, cada uno de nosotros y nosotras estará viviendo esta condición de vida desde una posición distinta y las personas infectadas no son las únicas que están muriendo. Entonces, ¿Quién muere?, mueren las mujeres que deben estar al lado de su agresor, mueren sus hijos e hijas, quienes son testigos de esta violencia dentro del hogar, muere el cuerpo del infectado, la desolación del cuidador o cuidadora, pero también morimos

todos y todas poco a poco, sumergidos día a día en una ola de soledad, angustia y preocupación; viviendo un acercamiento a la muerte propia ante el hecho de no poder hacer lo que nos hace sentir vivos, el no ser mirados, tocados y por tanto amados.

Hoy, me encuentro escribiendo estas palabras, entre el miedo y el anhelo; miedo de perder, de ese estar en falta, y con el anhelo de un porvenir donde la muerte sigue siendo simbólica y no real. Con el temor de que este tifón no deje a su paso las enseñanzas que mejoran nuestras vidas y todo siga igual. Con el anhelo de que el distanciamiento refuerce el lazo social, al menos con los que tenemos cerca. No negaré que he disfrutado el aislamiento y el convivir con mi soledad, y al mismo tiempo en la ambivalencia constante de desear más que nunca tener compañía cuando todo esto acabe. Una compañía que rebase los límites de la pantalla de mi lap top, tangible, presente. También, no hago más que pensar en los casos de infectados que aumentan cada día y me llevan a reflexionar sobre aquéllas cosas que siempre he deseado hacer y de las que dudé iniciar; tarde o temprano me quedaré sin tiempo, haciendo de forma extraña que el pensar en el futuro haga, que pasar por esto, valga la pena.

Tengo la sensación de que afuera, la vida está cambiando de golpe, mientras yo espero, con paciencia. Esperar es una palabra que nunca me ha gustado, me hace pensar en quedarme quieta, como una escultura de Claudel mientras todo sucede, sin embargo, no hay otra opción, podemos esperar, frenarnos en ciertas cosas donde realmente no hay nada que nos detenga del todo, mientras esperamos a que la enfermedad ceda o acabe. Lo importante es esperar para seguir creando, soñando y deseando; para que ese deseo nos permita alejarnos de nuestra propia muerte.